

La sátira es una tradición peruana, una tradición limeña. Y a lo que mejor se ha aplicado es a la política. Caviedes —su creador— se burló de los médicos, que eran en su época, de alguna manera, las autoridades. Aquellos físicos esquilmaron al poeta tal cual antier y hoy ciertos gobernantes descaecen la hacienda pública diagnosticando males que no son los reales y recetando remedios que afectan el bolsillo del paciente nacional y emponzoñando la salud colectiva. Luego, desde las letrillas contra el poder colonial hasta la abundante poesía humorística que ha sazonado la vida política republicana, el género ha tenido una larga y generalmente brillante historia. En los últimos tiempos la sátira verseada no ha alcanzado altas tesituras, salvo alguna que otra publicación —por ejemplo "Pan"— en donde se puso en la picota del sarcasmo precisamente al mismo político que hoy Luis Felipe Angell (más conocido como Sofocleto) describe, vapulea, advierte, comenta, explica, ridiculiza, retrata y condena en recientes "Sofonetos" (1). No será por casualidad que dicha persona estimula la agudeza de los escritores de buen humor en todas sus actuaciones públicas. Ha sido y es como el mal doctor que pos-trara al buen comerciante de



ANGELL
..una tradición renovada..

tificar sus dudosas doctrinas económicas y sus procedimientos gubernativos. Sofocleto sale a la lisa —ya lo ha hecho desde su celebrada columna de este diario— con las mismas armas, sólo que más explosivas y directas. El combate está situado en donde el rival del desarrollo y el progreso peruanos lo ha querido poner. Y aunque la estatura física de Angell contradiga la imagen, he aquí cómo la pequeña piedra del planificador David da en el blanco del Goliath libreempresista. La piedra tiene la rotundidad del sonoro y significativo soneto.

Aunque piurano, Luis Felipe Angell es limeño por temperamento. Se inscribe con este libro en la línea que inicia Caviedes, continúa Simón de Ayanque, promueve el clérigo Larriva y se prolonga hasta Yerovi, Hernán Velarde, Iván Blume y tantos otros más. No hace Sofocleto otra cosa que ser consecuente con un modo de expresión que es propio de su pueblo. Obedece, además, a un mandato histórico: el de oponerse, con sus medios, a quien quiere impedir que el Perú sea independiente de sus antiguos e insaciables dueños y de los que, desde el exterior, pretenden reemplazar la servidumbre interna por la servidumbre foránea. Una libertad quevedesca mueve la

Soneros de Sofocleto

Por Sebastián Salazar Bondy

los cajones de la Plaza de Arma

Sofocleto posee dos méritos evidentes e indiscutibles. De una parte, tiene un ingenio a toda prueba, tan vasto que aún en la conversación corriente hace derroche de juegos de palabra y concepto francamente inteligentes. De otra, es dueño de una cultura lo suficientemente sólida como para manejar las formas líricas —en este caso el soneto— con facilidad y acierto asombrosos. Hacer un soneto no es tanto cosa de inspiración cuanto de dominio de la técnica. Y en esto Angell nos da, en las páginas del libro comentado, testimonio muy convincente de su capacidad expresiva. De nada le valdría el sentido del humor y el poder de burla si no fuera capaz de encastrarlos en los estrictos límites de los catorce versos que Italia inventó para uso de todas las lenguas romances y de algunas de las otras.

No es preciso citar cuartetos o tercetos de este conjunto de cincuenta redondos "sofonetos" que aluden a la autoridad que hoy dirige los destinos del país. Ni una sólo rima es ripiosa, ni una sólo rima se repite, ni una sólo rima atenta el lugar común.

Eso y la medida exacta de los acentos hacen de la estrofa escogida un eficaz instrumento de combate. Téngase en cuenta que, a través de sus órganos de prensa, el político aludido en los "sofonetos" ha preferido el empleo de frases que personalizan,

"slogans" irónicos, referencias a lo circunstancial y toda suerte de distracciones del problema de fondo para jus-

pluma del joven satírico.

(1)—Luis F. Angell, "Sofonetos", Lima, 1960.